



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## CAPITULO VIII CON EL GENERAL OBREGÓN. LAS BATALLAS DE CELAYA

LAS FUERZAS DEL GENERAL OBREGÓN habían ocupado nuevamente la Ciudad de México a principios de 1915. El 10 de mayo de 1915 salió de México la columna al mando del general Obregón, formada para batir a las huestes villistas. Después de algunos combates parciales llegamos a Celaya.

Considero que debo extenderme en esta narración un poco más de cómo lo he hecho en relatos anteriores, porque las batallas de Celaya fueron indiscutiblemente las que decidieron el cariz que en definitiva debía tomar la Revolución Mexicana.

El triunfo de nuestras fuerzas aseguró el imperio de la ley y fortaleció nuestros ideales, principios y postulados libertarios que venían sosteniendo hombres sensatos y patriotas. Mas si hubiéramos sido derrotados, la Revolución habría quedado en manos de un grupo de hombres heterogéneos, sin trayectoria definida, sin principios y sin programa. Hubiera sido el caos, la desorganización, el pillaje y la ruina de México. Muchos de los hombres al frente del villismo eran, en su mayoría, sin escrúpulos, semi-inconscientes, ambiciosos. Otros indiferentes a los intereses de la Patria. En Celaya, con el

triumfo de las fuerzas constitucionalistas, se salvó la Revolución y con ello se pusieron los cimientos para estructurar de nuevo al país, conforme a principios netamente mexicanos que ha sorprendido al mundo y que deben conducirnos al mejor de los éxitos, mientras esos principios no se violen.

El héroe de las batallas de Celaya fue indiscutiblemente el general Obregón. Su estrategia y su genio militar nos dieron el triunfo. Desde un punto de vista meramente material, nuestras fuerzas eran inferiores a las del enemigo. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que no contábamos ni con la mitad de los contingentes y de pertrechos de los que Villa tenía. De ello nos dimos cuenta desde la primera batalla y advertimos también que las fuerzas villistas contaban con magnífica organización militar. Para vencerlas era necesario, además de la fuerza material, la espiritual, que fortalece la acción cuando se lucha por el imperio de la razón y de la justicia. Nuestro jefe nos dejó metidas muy adentro estas ideas y de esta manera la voluntad de vencer hizo que rompiéramos todos los obstáculos que se nos oponían.

Se hicieron uso de todos los medios lícitos en la guerra que estuvieron a nuestro alcance. Desde antes y por primera vez se había utilizado el aeroplano para lanzar proyectiles y tocó esta gran distinción, desde el año de 1913, al entonces capitán Gustavo Salinas Carranza, quien realizó su hazaña durante algunos combates en Sonora y Sinaloa. También la Revolución armada había utilizado los cohetes de propulsión a chorro: primero en Sonora con el capitán Mariñelarena (el inventor de los cohetes a chorro) y después en los combates de Celaya y León con el coronel Bernardino Mena Brito. Incidentalmente debo decir que estos cohetes eran imperfectos pero, a pesar de ello, atemorizaban al enemigo que los veía con sorpresa. Su efecto, desde el punto de vista militar, fue magnífico. Hoy, después de muchos años de investiga-

ción científica y de grandes esfuerzos de todo orden, los cohetes son el arma más formidable de las potencias militares y se consideran como verdadera amenaza para la humanidad.

Pero volvamos al gran suceso militar de las batallas de Celaya. Estas han quedado indeleblemente grabadas en mi memoria. Realmente hoy quisiera ser literato y hasta poeta, para poder describirlas y dejar a quien me lea, la impresión imperecedera que dejaron en mi espíritu. Las cargas continuas de caballería, que tanta fama dieron a Villa, desde que las utilizó para derrotar al usurpador Huerta, se estrellaban contra nuestras infanterías. Veíamos rodar, muertos, sobre nuestras líneas de tiradores, muchos jinetes y caballos del enemigo. En una de estas cargas resulté herido. Una bala me atravesó la raíz de la oreja derecha. Aconteció esto cuando reemplacé a uno de nuestros soldados que, cuando manejaba una ametralladora, había caído herido de muerte.

Después del primer combate tuvimos algunos días de descanso, que se aprovecharon para mejorar la organización militar y prepararnos para el segundo ataque de Francisco Villa. Llegaron algunos refuerzos y municiones de reserva. Pero aún así contábamos solamente con la mitad de los contingentes de Francisco Villa. Este seguía siendo superior en número de soldados, artillería y otros elementos. Pero el combate estuvo mejor preparado por nuestro jefe el general Obregón y había la posibilidad de triunfar.

Este segundo combate fue un espectáculo imponente, grandioso. Estábamos totalmente cercados por grandes fogatas prendidas alrededor del campamento. La artillería, con su estruendo en ocasiones ensordecedor, funcionaba en uno y otro lado. Sus fogonazos relampagueaban en la obscuridad y se alternaban con las luminarias de los cohetes a chorro que el coronel Mena Brito disparaba con sus lanzabombas. No puedo olvidar tampoco el intenso tableteo de las ametralladoras,

que se mezclaba con los gritos airados e insolentes de los combatientes. Por fin triunfamos entre sangre, muerte y dolor. Pero estábamos seguros de que habíamos combatido por una causa justa y noble, la causa del pueblo, que armado reivindicaba sus derechos que dos años después iban a consignarse en la Constitución que hoy nos rige. Aprendí entonces, que al menos en su principio, la fuerza es indispensable para imponer el derecho.

Después de estas batallas, el 25 de abril de 1915 fui ascendido al grado de Teniente Coronel y debo aclarar, desde ahora, que siempre fui soldado de línea, adscrito a algún batallón. Jamás serví en estados mayores, ni mucho menos fui oficinista.

Después de las batallas de Celaya el general Obregón inició la movilización de su columna hacia el Norte. Su objetivo era continuar la persecución de Villa. Los combates de Trinidad y León duraron casi dos meses. Fue una lucha muy complicada, un verdadero juego de ajedrez, en el cual finalmente, venció el general Obregón. Con este triunfo dio el *jaque mate* al villismo, o mejor dicho a esas huestes irresponsables que de haber salido victoriosas, hubieran inevitablemente destruido al país.

En uno de estos combates, el 5 de junio, resulté nuevamente herido. Una bala me lesionó el muslo izquierdo, astillándome el hueso. Cerca de mí estaba Pedro García, mi asistente, quien quitando el portafusil de su arma, improvisó un torniquete que amarró a mi pierna, conteniendo con esto, en parte, la hemorragia. Después me atendieron los doctores Osorio y Castillo Nájera y, finalmente, me mandaron a Guadalajara en donde me operó el doctor Banda, extrayéndome la parte astillada del hueso que mucho me lastimaba.

Tan pronto como sané de la herida me incorporé a las fuerzas en que venía prestando mis servicios y estuve en las to-

mas de Aguascalientes y Saltillo. Ya para entonces Villa se encontraba prácticamente derrotado y sus fuerzas dispersas. En medio de la mayor desesperación organizó lo que pudo de su ejército, con el objeto de dar, en Sonora, su última “patada de abogado”.

Se hicieron arreglos con el Gobierno de los Estados Unidos los cuales permitieron mandar una columna de Piedras Negras, Coah., a Agua Prieta, Son. En esa columna iba yo incorporado. Esta columna sirvió para reforzar las fuerzas del general Calles; Villa atacó Agua Prieta y allí también fue derrotado. Prosiguió hasta Hermosillo, donde aconteció lo mismo. Puede decirse que allí, en la capital del Estado de Sonora, terminó el villismo y se consolidó la Revolución.

El 1o. de marzo de 1916, fui ascendido a Coronel y el 2 de junio siguiente, me hice cargo de la Segunda Brigada de Infantería perteneciente a la Primera División del Noroeste.

Esta brigada se componía de seis batallones en su mayoría yaquis, acampados en Imuris, cerca de la línea divisoria.

Vino la expedición punitiva comandada por el general Pershing. Como su origen es muy bien conocido no voy a relatarlo aquí. Basta recordar que Villa había atacado Columbus, Nuevo México, E. U. A., y que la expedición de Pershing tenía por objeto castigarlo. La osadía de Francisco Villa fue un peligro para que se encendiera una contienda entre México en los Estados Unidos. Según los planes del general Calles, yo hubiera sido el primero, dentro de la zona en que me encontraba, en combatir a las fuerzas norteamericanas, puesto que la Segunda Brigada era vanguardia de las fuerzas de nuestro país y se encontraba, como antes dije, acampada cerca de la línea divisoria. Afortunadamente las cosas pudieron arreglarse por la vía diplomática.